



CAPITULO XXV

Conspiradores y otros

Pancks tenía su domicilio particular en el arrabal de Pentonville, donde ocupaba en un primer piso una habitación que le alquiló un procurador de exigua clientela, el cual había puesto en la puerta de su casa un rótulo que decía:

«RUGG, agente de negocios y tenedor de libros.»

Esta inscripción, cuya severa sencillez tenía cierto aire majestuoso, veíase desde la extremidad de un jardinillo que separaba la casa de la calle, y en el que había algunos arbustos cuyo reseco follaje estaba cubierto de polvo. Un profesor de caligrafía, que habitaba el piso bajo, había adornado la verja con algunas muestras escogidas hechas por sus discípulos después de recibir las primeras lecciones. La habitación del señor Pancks reducíase á una alcoba muy bien ventilada; y el agente había estipulado con Rugg, principal inquilino, que todas las fiestas podría ó no almorzar y comer con él avisándole con un día de anticipación. Rugg estaba casado y tenía una hija.

Hacia veinte años que Pancks acostumbraba á comer todos los domingos con los esposos Rugg; y también había cenado con ellos muchas veces, sin que jamás se interrumpiese la buena armonía, porque el agente era uno de esos célibes empedernidos que no fijan su atención en mujer alguna.

Pancks se había ocupado siempre muy poco de negocios en su alojamiento de Pentonville, á donde no iba por lo regular más que para dormir; pero desde que había comenzado á decir la buena ventura, permanecía con frecuencia encerrado hasta media noche en el pequeño despacho oficial del señor Rugg, y no pocas veces veíase luz en su cuarto mucho después de esta hora. Era evidente que Pancks se ocupaba en algún trabajo extraordinario después de despachar los asuntos del Patriarca, que por cierto no dejaban de ser espinosos.

Después de trabar conocimiento con Chivery padre, Pancks no halló, sin duda, dificultad en relacionarse con su amable esposa y con el inconsolable Juan; pero fuera fácil ó no, el caso es que lo consiguió muy pronto. Una semana ó dos después de presentarse en el patio de la prisión, entraba en el estancillo con tanta franqueza como en su misma casa, y había procurado sobre todo captarse la buena voluntad del joven, consiguiendo por último inducir al enamorado pastor á dejar sus húmedos bosquecillos para ocuparse de varias comisiones misteriosas.

Muy pronto el joven Juan comenzó á emprender de vez en cuando excursiones cuyo objeto era desconocido, y que se prolongaban á veces hasta cuatro días. La prudente señora Chivery, á quien la metamorfosis de su hijo asombraba mucho, hubiera podido protestar contra las ausencias de Juan, que podían ocasionar perjuicio á los parroquianos; pero tenía dos razones poderosas para no quejarse. En primer lugar, Juan salía de su embrutecimiento, interesándose en el negocio que era objeto de los viajes, lo cual consideraba la madre como un remedio eficaz para la salud de su hijo; y por otra parte, Pancks había consentido en satisfacer á la señora Chivery la suma legal de siete chelines y medio por cada ausencia de su hijo. El mismo agente había hecho la proposición en los siguientes términos lacónicos:

—Si su hijo tiene la debilidad de no admitir esta suma, no veo razón para que usted no la acepte en su nombre, y por lo tanto, como entre nosotros todo negocio será siempre negocio, aquí tiene usted el dinero.

En cuanto á Chivery padre, no cabía esperar de él que

emitiese su parecer sobre este asunto; era hombre de pocas palabras, y sin duda á causa de su profesión tenía también la costumbre de cerrarlo todo bajo llave, incluso á sí mismo; y hacíalo con tanto cuidado, como con los presos de la Mariscalía. Hasta cuando era necesario dejar salir alguna cosa, limitábase á entreabrir la puerta lo menos posible, y cerrábala al punto. Por lo que hace á buscar en la expresión de su fisonomía un indicio que pudiera servir para adivinar su pensamiento, tan inútil habría sido como tratar de descubrirle en las llaves de la prisión.

Convidar á cualquiera á comer en Pentonville era un hecho sin ejemplo en la historia de Pancks; y por eso llamó mucho la atención que invitase un día al joven Juan. El banquete tuvo lugar un domingo, y con este motivo la señorita Rugg preparó con sus propias manos un succulento asado con ostras; mientras que Pancks, por su parte, llevó una botella de rom para alegrar á su convidado. Cuando el joven Juan se presentó, á la una y media de la tarde, sin llevar ya su bastón de puño de marfil, Pancks le presentó al señor Rugg, diciéndole que era el joven de quien le había hablado á menudo, é invariable amante de la señorita Dórrit.

—Me complace mucho en conocer á usted—dijo el señor Rugg,—pues sé que tiene sentimientos que le honran, y ojalá no sobreviva usted á ellos. Si á mí me hubiese de suceder, añadiría á mi testamento un legado de sesenta libras esterlinas en favor de aquel que me arrancase la vida.

El señor Rugg no era avaro de sus palabras, y había conquistado cierta reputación de buen hablista.

—Tengo el gusto—añadió,—de presentar á usted á mi hija Anastasia, que comprendiendo las emociones que agitan el corazón de usted, debe serle simpática, porque también ella ha pasado ya por el mismo camino.

El joven Juan parecía conmovido por tan cordial acogida.

—Permita usted—le dijo Rugg,—que ponga su sombrero en un rincón, pues aquí no tenemos perchas... ¡Ah! envidio á usted la felicidad de poseer tan buenos sentimientos, pues mi profesión es de aquellas que no permiten semejante dicha.

El joven Juan contestó que sólo deseaba hacer lo que pareciera bien, desinteresadamente, sobre todo cuando se tratara de servir á la señorita Dórrit.

—¡Vamos!—añadió Rugg, estrechando la mano del joven,—sólo el oírle á usted consuela, y á fe mía quisiera citarle á usted como testigo ante cualquier tribunal sólo para que se

humanizasen un poco los hombres de toga. Ahora, amigo mío, supongo que no se habrá dejado usted el apetito en casa y que manejará bien el cuchillo y el tenedor.

—Gracias, caballero—repuso el joven Juan,—hace algún tiempo que como muy poco.

—Pues sepa usted—replicó Rugg en voz baja,—que á mi hija le había sucedido exactamente lo mismo, y crea que no exagero al decirle que en la época de su desgraciado amor su alimento sólido no excedía de diez onzas á la semana.

—Creo que yo voy aun más lejos—replicó Juan, como avergonzado de hacer esta confesión.

—Sí, pero usted no tuvo que tratar seguramente con un demonio oculto bajo la forma de un sér humano—observó Rugg, con una mirada y un ademán muy significativos.

—Ciertamente que no—replicó Juan;—lo hubiera sentido mucho.

—Mi hija se conmovió si le oyese hablar así... pero he aquí el asado; vamos á comer. Señor Pancks, sólo por hoy, tenga usted la bondad de sentarse frente á mí; mi hija se colocará frente al joven Chivery... Gracias sean dadas al Señor por lo que nosotros y la señorita Dórrit vamos á recibir.

A no ser por el tono de broma con que Rugg pronunció estas palabras, hubiérase podido creer que la joven costurera debía asistir al banquete.

Terminada la comida pensóse en destapar la botella de rom, pero antes de verificarlo, sacó Pancks su cartera y abrió la discusión sobre los negocios, aunque de un modo tan singular, que cualquiera hubiera dicho que se trataba de un complot. Después de hacer algunas anotaciones en diversos pedacitos de papel, mientras que Rugg le miraba con mucha atención y Juan sonreía melancólicamente, reunió sus apuntes, corrigiólos, cerró su cartera, y con sus notas en la mano, como el jugador que tiene sus naipes, tomó la palabra cual pudiera hacerlo el jefe de una conspiración.

—Para comenzar—dijo,—tenemos un cementerio en el condado de Bedford. ¿Quién quiere encargarse del asunto?

—Si nadie lo pide, corre de mi cuenta—contestó Rugg.

Pancks dió una nota á Rugg y consultó las que le quedaban.

—Ahora—continuó el agente,—he aquí un apunte para tomar ciertos informes en York. ¿Quién lo quiere?

—A mí no me conviene—dijo Rugg.

—En tal caso, tal vez tendría usted la bondad de encargarse, Juan Chivery—añadió Pancks.

El joven consintió en ello, y Pancks, después de darle una nota, volvió á consultar las que le quedaban en la mano.

—También tenemos una Iglesia en Londres—dijo el agente,—pero esto quedará para mí. De un registro que hay en Durham podrá encargarse Juan; y usted, señor Rugg, de un anciano marino de Dunstable. De mi cuenta corren cierta Biblia de familia, una lápida sepulcral y un recién-nacido muerto. Por ahora no tengo más apuntes.

Al pronunciar estas palabras, Pancks introdujo la mano en uno de sus bolsillos y sacó una bolsa de lona, de la cual retiró dos paquetitos que contenían la suma necesaria para los gastos de viaje.

—El dinero se va pronto—dijo Pancks con tono inquieto, colocando uno de los paquetitos delante del señor Rugg y el otro al lado de Juan.

—Lo único que puedo decirle á usted—repuso el joven,—es que siento mucho no ser bastante rico para pagar mis gastos de viaje, ya que no consiente en darme tiempo para ir y venir á pie, que sería lo más satisfactorio para mí.

La abnegación del joven Juan pareció tan ridícula á los ojos de la señorita Rugg, que se vió obligada á retirarse precipitadamente para ir á la escalera á reírse á sus anchas; mientras que Pancks, después de contemplar un momento á Juan con mirada compasiva, retorció lentamente una punta del saquito de lona con cierta expresión que hubiera podido inducir á creer que habría hecho lo mismo de buena gana con el cuello del enamorado joven. En cuanto á la señorita Rugg, presentóse poco después y se ocupó en mezclar el rom con agua caliente y azúcar, como si nada hubiera sucedido, dando á cada cual su parte.

Tal fué la memorable comida que el señor Pancks dió en su domicilio de Pentonville; tal era su existencia activa y misteriosa; sus únicos momentos de ocio durante los cuales parecía olvidar sus cuidados, dedicábalos á hacer alguna visita, particularmente al extranjero cojo que había ido á instalarse en el Patio del Corazón Sangriento, por el cual parecía interesarse mucho.

Este forastero, llamado Juan Bautista Cavalletto, era un hombre de escasa estatura y de carácter tan alegre, que había acabado por llamar la atención de Pancks. Solitario y débil, sin conocer más que algunas palabras del idioma en que po-

día hablar con la gente que le rodeaba, sin tener apenas lo suficiente para comer y beber, ni más ropa que la que llevaba puesta, parecía sin embargo feliz, y cuando se paseaba por el Patio cojeando, apoyado en su bastón, excitaba la simpatía de todos por su carácter franco y jovial.

Y ciertamente no era poca cosa para un extranjero granjearse la buena voluntad de los habitantes del Patio, atendida la desfavorable opinión que de todos los extranjeros tenían formada, figurándose que no había ninguno que no tuviera malos antecedentes ni que dejara de llevar algún cuchillo oculto para dirimir sus contiendas á puñaladas. Por otra parte, los habitantes del Patio del Corazón Sangriento pretendían, sin pensar en su propia miseria, que los extranjeros son siempre muy pobres, y tan cobardes que se dejarían pegar por cualquiera, suponiendo asimismo que no conocen la moralidad ni saben lo que es la independencia. En una palabra, los inquilinos del Patio criticaban en los extranjeros los mismos defectos de que ellos adolecían en grado superlativo.

El pobre Juan Bautista debió luchar, pues, contra todas estas preocupaciones; pero felizmente para él, Arturo Clennam le había recomendado á los Plornish, y habitaba el último piso de la casa en que éstos vivían. Poco á poco, el buen Bautista se granjeó las simpatías de todos sus vecinos; tratábanle como si fuera un muchacho, riéndose de sus gestos y ademanes y de su modo de hablar; llamábanle á gritos, como si fuera sordo, para darle broma; y al ver que no se formalizaba nunca, cobraronle cierto cariño, hasta el punto de que algunos se esforzaron para enseñarle las frases más usuales en el idioma del país.

El pequeño italiano habitaba en el Patio hacía unas tres semanas cuando llamó la atención del señor Pancks.

El agente, acompañado de la señora Plornish, que debía servir de intérprete, subió un día al cuarto de su inquilino y hallóle trabajando en una escultura en madera, alegre y contento como siempre, aunque sólo tenía un colchón extendido en el suelo, una mesa y una silla.

—¡Vamos, amigo mío—le dijo Pancks,—es preciso pagar el alquiler!

Bautista, que tenía ya el dinero preparado envuelto en un pedazo de papel, entrególo al agente, y haciendo después un rápido movimiento con su mano derecha, indicó con los dedos la cantidad que entregaba.

—¡Oh!—exclamó Pancks mirando al italiano con asombro,

—¡qué puntuales somos! He aquí un buen parroquiano; la suma está completa. A fe mía que no esperaba cobrar.

La señora Plornish tuvo entonces la bondad de adelantarse para desempeñar sus funciones de intérprete, y dijo á Bautista señalando á Pancks:

—El señor satisfecho, contento de recibir dinero.

El italiano sonrió, haciendo una señal afirmativa con la cabeza; y la expresión de su semblante pareció seducir entonces á Pancks.

—¿Cómo sigue de la pierna?—preguntó el agente á su intérprete.

—¡Oh! mucho mejor—contestó la señora Plornish;—esperamos que de aquí á ocho días andará sin bastón.

La buena mujer no quería que escapase tan buena ocasión de dar una prueba de su saber como políglota, y por lo tanto apresuróse á explicar á Bautista las palabras de Pancks, diciendo:

—El señor esperar que la pierna curar pronto.

—Pues según veo—observó Pancks contemplando al italiano con muda admiración,—parece estar muy contento. ¿Cómo se gana la vida?

—Creo que tiene mucha habilidad para esculpir las flores que le vemos hacer.

Bautista, adivinando sin duda lo que se trataba, enseñó su trabajo, y la señora Plornish le comunicó en su mal italiano la contestación de Pancks, diciéndole:

—El señor contento; parecerle muy bien la obra.

—¿Y gana con eso lo bastante para vivir?—preguntó el agente.

—¡Oh! es hombre que se contenta con muy poco—contestó la intérprete, y por otra parte, supónese que más tarde se arreglará muy bien. El señor Clennam le ha encargado esta escultura, y además, siempre le da algo que hacer en la fábrica, llegando hasta á improvisar algún trabajo cuando el italiano lo necesita.

—¿Y en qué pasa el tiempo cuando no le dan ocupación?

—¡Oh! no hace gran cosa, sin duda porque aun no puede andar bien; pasea por el patio; habla con todos, sin comprender apenas lo que le dicen ni hacerse entender mucho tampoco; juega con los niños; se sienta á tomar el sol... canta y ríe... ¡ah! es preciso verle para juzgarle.

—¡Oh! comprendo sin dificultad que se ría—repuso Pancks;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1004, 1025 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1004, 1025 MONTERREY, MEXICO

—basta observar su fisonomía para comprender que debe costarle muy poco hacerlo.

—Pero nunca excita tanto la curiosidad—continuó la señora Plornish,—como cuando sube á lo más alto de la escalera por el otro lado del muro; entonces se le ve mirar con expresión inquieta en todas direcciones, observando atentamente á los que van y vienen. Unos dicen que contempla el horizonte por la parte de su país; otros suponen que espera ver llegar á alguno á quien no desea ver; y los demás no saben qué pensar.

Bautista pareció adivinar vagamente lo que decía la señora Plornish, ó tal vez sorprendió al punto el ademán casi imperceptible por el cual la mujer remedaba á un hombre que mira de reojo; lo cierto es que cerró los ojos y encogióse de hombros con el aire de una persona que tiene sus razones para hacer lo que hace, pronunciando la palabra *altro*, con lo cual indicaba sin duda que esto no importaba á nadie sino á él.

—¿Qué quiere decir *altro*?—preguntó Pancks.

—¡Hum!... es una palabra que significa todo lo que se quiere—contestó la señora Plornish.

—¿De veras? En tal caso, procuraremos no olvidarla nunca. Y volviendo hacia el italiano, añadió:

—¡*Altro!* amigo mío; pasarlo bien. ¡*Altro!*

Juan Bautista repitió la palabra varias veces con su viveza meridional y Pancks le contestó una sola, con su flema británica. Desde aquel día el agente adquirió una nueva costumbre: todos los días al volver á su casa, cansado de trabajar, cruzaba por el Patio del Corazón Sangriento, subía ligeramente la escalera, abría la puerta del cuarto de Juan Bautista y decía:

—¡Hola! camarada. ¡*Altro!*

El italiano contestaba con diversos ademanes y sonrisas, repitiendo á cada instante: «¡*Altro, signore, altro, altro, altro!*» Terminada esta conversación tan lacónica, Pancks se marchaba con aire satisfecho, como hombre que acaba de descansar y refrescarse.



CAPITULO XXVI.

Situación de ánimo

Arturo Clennam podía felicitarse de haber adoptado la juiciosa y firme resolución de no enamorarse de la hija de su amigo Meagles, pues de lo contrario habríase visto en una situación algo embarazosa, en lucha con encontrados sentimientos, uno de los cuales le inducía á odiar cordialmente á Enrique Gowan, cosa que juzgaba indigna de un caballero. Un corazón generoso que no se siente inclinado á experimentar estas profundas antipatías, y difícilmente las acepta, ni aun desapasionadamente; pero si echa de ver que el odio comienza á intervenir y reconoce en sus momentos de calma que este odio tiene su origen en un sentimiento interesado, no podrá menos de experimentar un pesar profundo.

A no ser por su prudente resolución, el recuerdo de Enrique Gowan habría sido enojoso para Clennam, ocupando su espíritu continuamente, hasta el punto de impedirle pensar en otras muchas personas y cosas más agradables. En cambio Daniel Doyce parecía ocuparse de Gowan mucho más que su asociado, y casi siempre era él quien comenzaba á hablar del joven artista en sus conversaciones confidenciales con Arturo, que habían llegado á ser muy frecuentes, pues los dos